

ton de ruinas llenas de polvo que son la vergüenza de un país civilizado?

—¡Sois muy traviesol.... Encontré lo mismo exactamente que vos.... recuerdos del tiempo pasado.... ¿qué sé yo?.... La juventud tiene emociones deliciosas que otra edad se esfuerza en vano por evocar y hacer renacer....

Pero hablemos, si gustais, de nosotros y hagamos conocimiento.... A mí me corresponde el primero.... Soy inglés de origen; me llamo Berry Montalt, antiguo general en jefe de los ejércitos del Iman de Mascát.

¿Tal vez no habreis oido hablar nunca de ese príncipe?....

—Sí tal, pero vagamente.

—En Arabia, donde se halla la capital, y sobre las costas de Africa, posee algunas provincias grandes como la Francia con corta diferencia, pero mas ricas.

—¡Ah! exclamó el jóven pintor.

—Sí.... grandes propietarios de Paris y Londres serian mendigos en Mascát, la ciudad de las perlas y de los diamantes.... el depósito de la India.... pero hace allí mucho calor.... Vuelvo á Francia porque comenzaba á aburrirme mucho. El Iman habia hecho la paz con el Egipto y mis soldados no tenian ya en qué ocuparse. He dejado mi palacio, mis mujeres y veinticinco leguas de costa que me habian dado.... Traigo apenas algunos millones.... Ahora os toca á vos, mi jóven camarada.

X.

DOS SOMBRERITOS DE PAJA.

Montalt habia enumerado sus pomposos títulos con gran sencillez; pero como esta misma pareció al pintor un esceso de fanfarronería, comenzó á desconfiar y rompió repentinamente el encanto que le ligaba con su compañero de viaje. Sin embargo de lo jóven que era, quiso demostrar mas constancia en su rencor, reprochándose la rapidez con que habia concedido su perdon.

En suma, la conducta del inglés habia sido insultante y sus tardías excusas no podian borrar mas que á medias la grosería con que habia procedido.

Y además, ¿quién sabe si esas excusas aceptadas

con sinceridad y sin que fuesen reclamadas, eran ó hacian veces de una concesion á la debilidad?

Hacia dos minutos que Enrique se decia todo esto y otras muchas cosas mas. Si no podia conseguir arrugar el entrecejo, era porque Montalt le dominaba ya con el atractivo de su natural simpático y seductor.

Pero en aquel momento se burlaba de él muy abiertamente; su esquisita susceptibilidad se despertó. Para responder á la pregunta del nabab procuró tratar de asomar á sus lábios una sonrisa lo mas burlesca posible.

—Pardiez, mitor, dijo, vaya una rara casualidad.... Esperar tanto tiempo para encontrarnos cuando hemos estado uno tan cerca del otro. Tal cual me veis, soy el primer ministro dimisionario de su majestad el buen rey de Lahora.

—¿No me creéis? preguntó Montalt sin dejar de sonreír.

—¿Por qué?

—Porque me contestais como se hace á esos charlatanes de taberna ó posada conocidos por narradores de aventuras imposibles.

Enrique se mordió los lábios con alegría; habia tocado el golpe.

—Me parece, dijo, que si vos habeis sido general en jefe de los ejércitos del Iman de Mascat, bien puedo yo ser....

—¡Qué niño sois! interrumpió Montalt; bajo mi palabra la ignorancia es aun mas incrédula que la

esperiencia.... mis pasadas dignidades y mis millones os parecen una tonta y ridícula invencion porque me hallais en un carruaje público, ¿no es así?

—El caso es....

—¿Veis esas soberbias sillas de posta que corren delante de nosotros? interrumpió Montalt.

Hacia en efecto algunas horas que dos sillas de posta habian adelantado á la diligencia, aparentando no querer perderla de vista.

—¿Y bien? dijo Enrique.

—Y bien, compañero mio; cuanto contienen me pertenece, aunque he dejado en Brest las cinco sextas partes de mi equipaje.

—¡Ah! dijo Enrique, ¿y por qué tomar entonces la diligencia?

—Soy muy caprichoso.... ¿Pero no os parece que esas sillas nos envian mucho polvo?

—Sí.

—Esperad.

Montalt sacó la cabeza fuera del carruaje y silbó como ya lo habia hecho bajo la bóveda de las mensajerías.

Las dos sillas de posta se detuvieron inmediatamente al mismo tiempo.

Enrique abrió desmesuradamente los ojos.

Cuando la diligencia pasó junto á los dos carruajes parados, vió Enrique á una de las portezuelas dos cabezas negras, y en la otra la fisonomía de una mujer jóven, pálida y triste.

Montalt no pronunció mas que una sola palabra:

—¡Detrás!

La jóven se sonrió dócilmente; las dos cabezas se inclinaron silenciosamente, y en todo el viaje no se volvieron á ver las sillas de posta.

—Soy muy caprichoso, repitió Montalt dirigiéndose al jóven pintor, y además, sin embargo de lo que he vivido, se me ocurren á veces ideas mas propias de un niño que de un hombre: su voz tomó un acento melancólico y mas dulce: nadie me ama en el mundo, y quisiera tanto ser amado!.... Estoy solo, siempre solo.... En las horas de tristeza no me consuela nadie, y cuando soy feliz busco en vano una sonrisa amiga que responda á mi alegría.... Vais á volver á burlaros de mí por lo que os digo, y sin embargo, es la espresion pura de la verdad. He subido en esta diligencia esperando que la casualidad arrojara en mi camino un sér á quien poder amar.

Enrique le escuchaba con una admiración á la que á pesar suyo se mezclaba la emocion; la voz de Montalt tenia tanto acento de verdad y parecian tanto salir sus palabras del corazon....

—Pero.... dijo sin embargo Enrique, ¿estais como decís, completamente abandonado.... y por qué lo estais?

—Lo ignoro.

Enrique se ruborizó.

—Esa mujer tan bella, prosiguió con tono de duda, cuyo rostro acabo de divisar....

—¡Mirza! exclamó el nabab: pobre niña!.... entendámonos; os lo suplico. Cuando digo que quisiera ser amado, no aludo á las mujeres.... ¿Se quiere la botella de Champaña cuyo tapon acaba de saltar por la ventana?.... ¿Gusta el vaso vacío que un momento antes refrescaba el soberte perfumado?

—¡Ah! dijo Enrique con acento de reprension; ¿decís eso con seriedad, milor?

—¡No! respondió Montalt, cuyo entrecejo se arugó ligeramente: si quereis conocer mis ideas exactas, cambiaré de lenguaje. Odio la mujer, caballero, la desprecio.... esto desde lo mas hondo de mi corazon!

Su mirada brillaba con dureza y maldad. Su voz, cuyas inflexiones sonoras espresaban antes la sensibilidad, se convertia en fria y seca.

—Pero ya tendremos tiempo de hablar de estas cosas, replicó recobrando su sonrisa.

—Quiero mucho á Mirza.... la he comprado en cinco mil francos hace un año, y no siento por cierto el dinero que por ella he dado.... pero aun no me habeis dicho quién sois, compañero.

En el momento en que Enrique abria la boca para responder, dos cabezas de caballos pasaron la portezuela de la berlina: al mismo tiempo se oyó el chasquido de un látigo y una voz bronca que gritaba:

—¡Flié, Durdonet, Flié, Cocol

Coco y Durdonet eran los corceles de la concur-

rencia, cuyo postillon por un esfuerzo desesperado queria adelantar en aquel momento al carruaje rival.

El postillon de la diligencia luchó cuanto pudo, pero los dos jamelgos de su adversario llevaban mucho empuje, y además era superfluo molestar su agonía.

Nuestros dos viajeros de la berlina vieron pasar lentamente á lo largo de la portezuela el cuerpo amarillento y empolvado del carricoche enemigo, que decididamente conseguia tomar la delantera.

Durante ese tiempo declinaba Enrique sus nombres y cualidades, pero sin que le escuchara Montalt.

Sus miradas se dirigian ávidas y penetrantes á la rotonda de la concurrencia, donde medio ocultas por las alas de sus sombreros de paja se mostraban dos encantadores rostros de niñas.

—¡Pardiez!... murmuraba Montalt, Dios sabe que he visto muchas mujeres en mi vida, pero ninguna tan deliciosa....

Enrique decia:

—No tenia parientes, y acepté gustoso la proposicion de ese caballero breton que me llamaba para adornar su castillo.

He aquí, mitor, la razon por qué he abandonado á Paris.

—¿Cuál es mas encantadora? decia en voz alta Montalt, cuyos ojos brillaban ardientes y fijos; pero

Dios me perdone, parece que las pobres niñas van llorando.

—Allí he pasado años, proseguia el jóven pintor, que se escuchaba á sí mismo sin advertir la preocupacion de su compañero. Dos años, ¡Dios mio! y apenas me han parecido dos dias de felicidad.

Montalt se volvió vivamente.

—Pero mirad, exclamó; sus mejillas están bañadas por las lágrimas.

—¿Qué es eso? preguntó Enrique.

Montalt le mostró con el dedo la rotonda de la concurrencia, donde el jóven pintor no vió nada, porque los dos viajeros acababan de levantar la persiana figurada de la portezuela.

Montalt hizo un gesto de despecho.

—Apenas salidas de la cuna, murmuró, buenas lecciones han recibido del diablo; ya saben el medio de escitar los deseos: todo esto dimana del infierno, donde se coge el corazon de los locos desde el principio del mundo.

—¿Me explicareis? comenzó Enrique.

—Soy vuestro compañero: deciamos que os llamais Moreau y que seguís las huellas de Rafael.... buena carrera por mi fe.... lo que mas me agrada de todo es que no sois noble.

—Qué! dijo Enrique; ¿aborreceis tambien á los nobles?

—Algo menos que á los bretones y casi tanto como á las mujeres. Os advierto que este es el último renglon de mi catálogo.

A escepcion de estas tres categorías de individuos, soy bastante filántropo.

—¿Aborreciendo casi las tres cuartas partes de la especie humana?

—El número no hace al caso: pasemos á otro asunto mas interesante si gustais. ¿Podeis decir otro tanto de mí?

Los ojos negros y brillantes de Montalt dejaban ver la impaciencia singular que le causaba la respuesta de Enrique. Era una declaracion á quemarropa.

El jóven pintor dudó francamente, y el rostro de Montalt tuvo tiempo de oscurecerse.

—Milor, dijo al fin Enrique con alguna frialdad, sois un hombre poderoso y yo un pobre diablo, un artista muy jóven, y cuyos pinceles son desconocidos.... ¿Qué puede importaros mi opinion?

—¿Es decir que no os agrado?

—¡Permitid! Si me pareciese conveniente hablar con entera libertad....

—¡Hablad! exclamó el inglés, que no podía ocultar su despecho. Pero os advierto que no reclamo indulgencia.

—Pues bien, milor, á la primera mirada que os dirigí esperimenté una impresion estraña. Me impulsaba algo á respetaros....

—No quiero respeto.

—A apreciaros. Despues sucedió vuestra estraña salida.

—¿Y pensais siempre lo mismo?

—¡Oh! no tal. Y para terminar en pocas palabras lo que.... cómo lo diré.... lo que me aleja de vos es vuestro ódio encarnizado y el desprecio que profesais á las mujeres.

—¿Luego estais enamorado?

—Perdidamente.

—¡Diablol.... A vuestra edad hubiera debido creerlo. ¡Vaya! es cosa maravillosa que las mujeres puedan causarme daño cuando huyo de ellas como de la fiebre amarilla. Si supiéseis....

Habia un recuerdo punzante y doloroso tras estas palabras, que sonaban como un quejido.

Enrique se arrepintió.

—Perdonadme, milor, dijo dulcemente: mi intencion no ha sido despertar vuestros pesares.

—¡Pesares! interrumpió Montalt incorporándose. ¿Qué pesares? no vayais á tomarme por una víctima de amor.... ¡Diablol camarada, guardad vuestra lástima para mejor ocasion. Yo no he amado nunca y compadezco sinceramente vuestra suerte.

Enrique se sonrió tristemente.

—No soy como vos, dijo meneando la cabeza; no desprecio la compasion porque sufro.

Montalt le tomó la mano con un movimiento de irresistible afecto.

—¿No os ama?

—Creo que sí.

—¡Lo creéis! ¡Oh! se apoderan de vosotros cuando sois jóvenes, generosos, para exaltar fácilmente

vuestros corazones hasta el delirio y desgarrarlos despues sin piedad.

Se sienten invulnerables porque no beben su parte del filtro mortal.

—No hablais de ella, ¿no es así? dijo Enrique.

—Hablo de todas las mujeres.

—¡No hablais de ella! repitió Enrique con tono de imperio.... porque no permitiría yo que se lanzara ni aun por incidencia un insulto que pudiera caer sobre su cabeza. Tanto peor para vos, milor, si no habeis encontrado en vuestra vida una criatura de alma angélica y santa.... Tanto peor para vos si os ha privado Dios del goce del amor! vuestra desgracia no os da derecho para calumniar la que no conoceis.... es pura, ¿oís? es noble.... y la amo de rodillas!

Las mejillas del jóven pintor se habian coloreado ligeramente; brillaban sus ojos: la emociou hacia temblar su voz.

Montalt al escucharle se habia puesto á reflexionar.

—Siempre lo mismo, murmuró, y siempre son las almas mas bellas las heridas de esa locura.... Escuchad, prosiguió dirigiéndose á Enrique; mi amistad puede ser mas fuerte que mis aversiones; ¿quién sabe si ireis á convertirme, camarada?

¿Quereis hablarme de ella y confiarme la historia de vuestros amores?

—¡A vos! exclamó Enrique.

—A mí, que soy ya vuestro amigo, contestó el

inglés con tono de súplica, á mí que la amaré si os ama.

Habia pronunciado estas palabras con esa elocuencia persuasiva y verdadera que parece emanar del fondo del corazon.

Enrique resistió débilmente; luego habló. Es una felicidad tan inmensa confiar ciertos secretos aun cuando no sea mas que á medias! Se ensancha con tanto placer el alma á la edad que tenia Enrique! Al ver sonreír á Montalt, al escucharle, se hubiera podido decir que estos recuerdos daban algun calor á su yerto corazon.

Enrique, sin pronunciar ni un nombre, contó su llegada al castillo y aquella suave pendiente que sin sentirlo le habia hecho llegar hasta Diana. Refirió las primeras sonrisas de la jóven y las vagas esperanzas que habian hecho nacer en el fondo de su corazon.

No era una novela como el nabab habia imaginado; era una verdadera historia, la vida tierna y confiada de dos niños que se aman sin decírselo.

No habia accidentes, porque Enrique callaba una parte de la verdad. No era al escéptico extranjero á quien hubiera querido confiar aquel misterio que rodeaba desde mucho tiempo la conducta de las dos hermanas. Sobre esto le era tanto mas fácil guardar silencio, cuanto que nunca habia sospechado de ellas.

Aunque en su narracion no hubo circunstancia alguna que pudiera despertar una curiosidad esci-

tada, nada mas que un cuadro de amor puro y suave, el nabab escuchaba con los ojos bajos y arrugada la frente. A veces, cuando la narracion del jóven pintor se animaba al paso de un recuerdo mas querido, se hubiera visto á Montalt sonreír con melancolia.

Su mirada se fijaba entonces furtivamente en Enrique.

¿Aquella mirada espresaba compasion ó envidia?

Enrique dejaba hablar á su corazon. Todo lo que habia sentido durante aquellos dos años lo referia en alta voz con placer. Ningun detalle, por pequeño que fuese, se quedaba olvidado en su memoria. Reconocianse las palabras encantadoras y tímidas que salen de los lábios de una vírgen; se adivinaba la conversacion muda que deja escapar la sonrisa; sentíase temblar la blanca mano bajo el robado beso.....

Y el jóven pintor, que momentos antes se hacia suplicar tanto, no callaba entonces. Por el contrario, buscaba el modo de prolongar la confidencia; acariciaba, como gozando en ello, la casta poesia de los detalles de su amor.

Montalt no le interrumpió.

¡Pero cuántas veces varió su semblante!

Unas veces conservaban sus hermosas facciones esa sonrisa que respira ternura y paternal proteccion; otras formaban una sola línea sus hermosa, cejas negras, yendo un pensamiento de amargura á

sombrear su pálida fisonomía. Entonces escuchaba por sí y recordaba sus propios goces y penas.

—¡Oh! milor! exclamó el jóven pintor juntando las manos, ¡todo esto ha terminado! ¡Tengo veinte años y os hablo de lo pasado! ¡Diana, mi pobre Diana! ¿Sé acaso si la volveré á ver otra vez?

Montalt tenia los lábios apretados y apoyaba su cabeza en los almohadones del carruaje. Estaba en uno de esos momentos en que la amargura de un recuerdo lejano parecia revivir y hacer destilar sangre á cada una de las heridas de su alma.

Enrique no le observaba.

—Vos, vos mismo, replicó en medio de su entusiasmo, vos, milor, que negais todo, la habiéseis amado como yo.... ¡Que no pueda mostrároslo bajo las grandes arboledas sombrías de aquel país en cantado!

Cerró los ojos como para verla en sueños.

—¡Diez y ocho años! replicó en voz mas baja; frente inocente como la de un niño, pero que se elevaba á veces orgullosa y valiente como la de una reina. Ojos risueños á que las lágrimas imprimian una espresion de tristeza celeste. El cuerpo de un hada, la voz de un ángel. ¡Y un corazon! Decid, milor, ¿en mi posicion qué hubiérais hecho?

Montalt se incorporó con lentitud, mirándole fijamente.

El jóven pintor se estremeció bajo la influencia de aquella fria mirada.

—En vuestro lugar, Mr. Enrique, replicó Mon-

talt con tono de sequedad, no hubiera permitido que la pobre niña hubiese languidecido durante dos eternos años.

Enrique, que se habia acercado involuntariamente durante su narracion, se retiró al otro extremo de la berlina.

Montalt habia recobrado su sarcástica sonrisa.

—Cada uno tiene su modo de ver las cosas.... prosiguió; me preguntais mi parecer y os lo digo. Si esa deidad bretona es tan encantadora como la pintais, hubiera valido mas aprovecharla que no dejarla presa de algun estúpido campesino.

—Pero, dijo Enrique, yo era pobre, no podia ser su marido.

—Haber sido su amante.

El jóven pintor se puso pálido. Si hubiera obedecido al fogoso movimiento de cólera que se apoderó de él, hubiera terminado la conversacion, comenzada amigablemente, de una manera trágica. Pero se dominó contentándose con dirigir al nabab una mirada de sangriento ultraje.

Montalt hizo que no la advirtió. Habia cambiado de humor. Tendióse en un cojin, los brazos caídos, vuelta la cabeza, recobrando aquella postura indolente en que parecian dormitar á la vez todas sus facultades.

El silencio reinó en la berlina por espacio de mas de una hora.

Cualquiera que hubiese asistido al desenlace de la última escena, hubiera creído sin duda que era

la conclusion de aquella amistad tan rápidamente anudada.

Enrique, segun toda pariencia, no debia dejarse engañar mas por los halagos de aquel ser fantástico que colmaba á las gentes de caricias para herirlas despues con mas seguridad y mejor.

Esta al menos era la opinion del mismo Enrique; pero contaba sin el nabab.

Este tenia maravillosos secretos para hacer olvidar sus fechorías. Sabia escusarse con tan buena gracia y pedir perdon sin perder absolutamente nada de aquella dignidad innata que mas de una vez habia impuesto respeto á la boca de Enrique desde el principio del viaje.

Escusado era irritarse; no habia cólera posible contra aquella graciosa franqueza del hombre evidentemente superior arrepentido y contrito.

Porque Montalt se arrepentia sinceramente para volver á pecar de nuevo.

Y luego bajo el escepticismo provocativo y brutal que aparentaba el nabab, se dejaba advertir á pesar suyo su noble carácter; era un fanfarron de incredulidad.

Tras ese cinismo se descubrian un alma elevada, un espíritu privilegiado y una sensibilidad llevada á veces hasta esa delicadeza que ordinariamente desconoce la edad madura.

Los contrastes seducen. A pesar suyo sufría Enrique el encanto de Montalt, admirándose de ver

disiparse con la mayor facilidad su enojo y su cólera.

Efectivamente, aquel hombre le trataba como á un niño. Enrique se indignaba, Enrique se encolerizaba, y cuando ésta era mas excesiva, se sentia apaciguado por una sonrisa de aquel hombre, por nada.

Entre La Gravelle y Laval riñeron el nabab y él tres ó cuatro veces, y sin embargo, al acercarse al último pueblo hubiera creído cualquiera que eran dos antiguos y queridos amigos.

Su amistad, que apenas databa de algunas horas, se habia estrechado como por encanto.

A medida que pasaba el tiempo, el nabab iba conquistando poco á poco la victoria. Enrique rechazaba aún las desoladoras teorías de su compañero de viaje, pero no se creía ya obligado á volverle la espalda á la menor palabra ofensiva al bello sexo. Escuchaba y discentía, aunque en el terreno del desprecio y de la burla, sin ser por cierto el vencedor.

La diligencia llegaba al arrabal de Laval, llevando siempre delante de sí á la victoriosa competencia, cuyos caballos se mataban heroicamente por sostener su triunfo.

—Y bien, dijo Montalt, ya veis que no he sido un loco en dejar á mis negros caminar cómodamente en la silla de posta para tomar yo la diligencia. He encontrado lo que buscaba, y os aseguro que no os he de soltar tan pronto, Mr. Enrique.

—Todo cuanto puedo decir, milor, es que vuestro capricho ha sido para mí muy ventajoso.

—¡Eh! dijo Montalt; ya disputaremos mas de una vez de aquí á Paris, si os acomoda. Veo que habeis adelantado algo, y dentro de dos ó tres días, bien sea loco ó cuerdo, me escucharéis sin encolerizaros... porque reconocereis en mi voz la de un amigo.

—¿Pero quién nos obliga á escoger esas conversaciones en que no podemos entendernos?

—Mi querido Enrique, justamente porque os aprecio es por lo que quiero convertiros. Es lastimoso ver á un jóven tan apreciable como vos hablar en unos términos tan vulgares, propios únicamente de palurdos.

Mirad, no podreis impedirme que os diga que vuestra conducta en ese castillo cuyo nombre ignoro....

—¡Milor, milor, por piedad! dijo Enrique.

—¡Sí tal! En los tiempos de la caballería errante hubiera sido muy ingeniosa esa conducta; pero hoy prefieren nuestras jóvenes mas audacia, mas atrevimiento.... Felizmente no son raros los ángeles en nuestro buen país de Francia, y ya encontraremos con qué consolarnos.

Enrique protestó con un suspiro.

—Sin ir mas lejos, prosiguió Montalt, delante van dos angelitos tan bellos cual no he visto en ninguno de los muchos países que he recorrido. ¿Qué decís de su fisonomía, jóven trovador?